

# CAPÍTULO 1

## La Noche en Blanco

Diario de Alcalá, 14 de junio de 2012

**La policía busca intensivamente a una joven desaparecida en el municipio madrileño de Alcalá de Henares. La muchacha falta de su domicilio desde el pasado sábado, celebración de la última *Noche en Blanco* en esta localidad.**

**E**l Cuerpo Nacional de Policía tiene activado desde el lunes un dispositivo de búsqueda en el entorno del río Henares a su paso por la ciudad Complutense, y está rastreando pistas que conduzcan al hallazgo de Liena Toledo Martínez, de dieciséis años y vecina de este municipio.

La operación ha concluido a las 17:00 horas de ayer sin resultados positivos. Se han abierto nuevas líneas de investigación, y está previsto reanudar la búsqueda mañana viernes.

Dos varones de 19 años y una mujer de 18, amigos de la joven, han prestado declaración en comisaría. Afirma la madre que no sabe nada de su hija desde que el sábado 9 abandonó la casa. Al parecer iba a reunirse con dichos amigos en la plaza de Cervantes. Con toda probabilidad se desplazó a pie desde su domicilio, sito en la urbanización residencial Ciudad 21, hasta el lugar de la cita. Dos de los amigos —se habla de un tercero que también se halla en paradero oculto— declaran que “ella estaba algo nerviosa”. Al parecer tuvo una discusión con la otra chica, y se separó del grupo poco después.

El segundo joven desaparecido se llama Daniel Galán, y también está siendo objeto de investigación, pues no se descarta que pueda tratarse de un secuestro. Apenas han trascendido más datos sobre las pesquisas. En el entorno de Daniel nadie encuentra explicación para el caso, y, según sus allegados, “es un excelente muchacho, incapaz de matar una mosca”.

Liena mide 1,60 metros y lleva el pelo corto, castaño oscuro con mechones rojos. Esa noche vestía cazadora y pantalón negros y camiseta de rayas. Calzaba botines oscuros sin tacón y portaba una mochila estampada en tonos grises.

Fue vista por última vez en la calle Colegios, cerca de la plaza de los Santos Niños.

Daniel mide 1,72 metros, es moreno, de porte atlético, y fue visto por última vez en las inmediaciones del Teatro La Galera. Vestía camisa de cuadros y pantalón vaquero.

Se ruega a quienes puedan facilitar alguna información de interés que se dirijan a la comisaría más cercana o llamen al número 012.

**Esteban** contemplaba ensimismado las dos fotos del periódico. La de Liena era de mayor tamaño, y en ella destacaba el contorno firme de su rostro, inequívoca herencia materna. Los ojos, en cambio, eran como los de su padre: almendrados y verdes como el musgo húmedo, siempre con un brillo de rebelde tristeza. El pelo castaño oscuro descendía en escalones de picos rojizos hacia la mandíbula, y terminaba justo antes de alcanzar la espalda. La nariz era una fina pendiente recta que conducía las miradas hacia los labios carnosos, que se empujaban el uno al otro para lograr el trazo forzado de una sonrisa. Debajo, en un retrato de medio cuerpo, aparecía Daniel. Esteban no había visto esa cara hasta entonces. Sus facciones distaban de ser perfectas, pero la combinación resultante arrojaba cierto atractivo. Lo interrogó en silencio: la mirada reproducida en tinta proclamaba inocencia, pero, examinada la imagen en conjunto, se le antojaba la de un tipo capaz de todo. Era muy probable que sus impresiones estuvieran condicionadas por las habituales noticias sobre violencia machista, a la orden del día. No era extraño que la policía barajase tal posibilidad, sobre todo después del comentario que había dejado escapar la otra chica. Quizá Liena lo rechazó y él decidió vengarse. Se asombró de la cantidad de posibilidades que en un caso así se le podían pasar a uno por la cabeza. ¿Y si su hijastra se había fugado con él? Aquella idea roía sus entrañas. La voz de Marcela interrumpió sus cálculos:

—¿En serio crees que se ha escapado? —obtuvo una mirada tensa por toda respuesta. Prendió un cigarro y abandonó su aire compungido—. ¿Y por qué no se lo has dicho a la policía?

—Es solo una suposición.

—Creo que no vas descaminado —resolvió en tono despectivo—. ¡Si la conoceré yo, que la he parido! Siempre está amenazando y luego no ha tenido lo que hay que tener, ¡pero se

ha pasado de largo! Cuando vuelva, porque volverá, me va a oír esta desgraciada.

Él hizo ademán de responder, pero desistió. Escuchar a Marcela hablar de aquel modo seguía haciendo añicos su cerebro y sus dulces mitos sobre la maternidad. Por la repetición esperaba acostumbrarse, pero su verborrea le resultaba cada vez más hiriente. Inspiró y volvió a concentrarse en la prensa, cuestionándose por milésima vez la salud mental de su esposa. Se sentía agotado. Agotado y viejo. Frisaba los cincuenta, pero había encanecido por completo antes de los cuarenta, cuando las arrugas alrededor de sus ojos y las ojeras perennes estaban ya instaladas bajo las gafas. Marcela era cuatro años mayor y sin embargo tenía un cutis de seda y el pelo como un tizón; claro que recurría al tinte, pero sus canas eran todavía incipientes. Su peluquera insistía en aliviar el negro azulado de su cabello con mechas, alegando que, aunque siendo tan guapa podía permitírsele, un color tan severo endurecía mucho su aspecto. Llevaba razón en lo uno y en lo otro: el negro no le restaba atractivo y le añadía impacto, y eso era justamente lo que ella buscaba: intimidar, más que atraer.

Esteban cerró el periódico con exasperante lentitud, y de igual modo lo plegó y lo dejó sobre la mesa de la cocina. No tenía ganas de conversación, y menos de discutir, pero notaba los ojos de su mujer clavados en la nuca. Seguir hablando de aquello la irritaría más, y no quería irritarla. No pensaba darle ese gusto.

—¡Y todo es por mi culpa! ¿No es eso? —estalló furiosa. Él dio un respingo y apretó los labios. Se levantó y se dirigió a la puerta que daba al jardín.

—No hace falta que te vayas —dijo ella—. Voy a salir.

En esta ocasión no obtendría alivio de su marido, por mucho que insistiera. A veces él lograba mantenerse firme y, en esas raras ocasiones, ella sabía detectarlo a la perfección.

Esteban abrió la llave de la manguera; llevaba sin regar desde el sábado, algo muy inusual en él. Recordó la última vez que vio salir a Liena por la puerta de atrás. Ni que decir tiene que, de confirmarse sus sospechas, la responsable directa era Marcela, aunque no eludía por ello su propia responsabilidad. La atmósfera de aquella casa era puro veneno. Apreciaba a su hijastra, y en la misma medida la compadecía. ¡Cómo no iba a hacerlo, si sentía lástima de sí mismo! Cuanta menos justificación hallaba en seguir casado, menos respeto se tenía, y cuanto menos se respetaba, más razón se daba para seguir con ella. Todavía la amaba, en contra del sentido común, del instinto de supervivencia y de un elemental sentido de la dignidad. Mil veces se preguntaba si aquello podía llamarse amor, y no se perdonaba haberse dejado embaucar a conciencia. Al principio se creyó muy afortunado; su mujer era, y seguía siendo, muy hermosa; ningún hombre permanecía tranquilo en su presencia, y tampoco algunas mujeres. Cuando advirtió el peligro ya era demasiado tarde, estaba loco por ella. Sí, ese era el diagnóstico veraz: locura.

Marcela no estudió más allá de primaria, jamás tuvo un empleo estable y a menudo pasó apuros económicos. La relajación financiera llegó con su primer matrimonio, gracias a las ventas de los cuadros de su marido, un joven retratista muy solicitado. Se sentía atraída por él, consciente de que no era una presa manejable; pero eso añadía interés al desafío y avivaba su deseo. Además, era hijo de artistas, y eso ayudaba a que sus retratos se vendieran solos; la lista de encargos aumentaba y sus exposiciones gozaban de gran éxito de crítica y público.

La mayor aliada de Marcela fue siempre su enigmática belleza. A los diecisiete años un joven pintor la abordó en la calle y le ofreció trabajo como modelo; después posaría para algunos artistas más. Así conoció a Jesús, quien quedó cautivado al instante, tanto

de su hermosura como del halo de misterio que la envolvía. Tras doce meses de relaciones, se casó con su amante sin sospechar que obedecía un plan establecido, incluso, en el calendario.

Durante el primer año de matrimonio, él solo vio en su esposa lo que ella quiso que viera: el hechizo funcionaba y se mantuvo vigente hasta que nació su primera y única hija. La alegría de Jesús era inmensa y se reflejaba en sus cuadros, que rebosaban de tintas de colores vibrantes; mientras que ella, pasado ya el deslumbramiento inicial, regresó a su natural estado de insatisfacción crónica. Lo tenía todo y ni siquiera así lograba sentirse feliz. Aborreció la dicha de Jesús, su irradiante buen humor se le hizo insoportable; entonces afloró sin trabas su personalidad oculta. Al principio él quedó tan desconcertado que la creyó víctima de alguna súbita enfermedad anímica, y procuró convencerla de que obtuviera ayuda especializada. Luego de muchos meses, ante la brusca transformación de Marcela —para él, inexplicable—, no tuvo más remedio que admitir que había sido engañado, o peor, que se había dejado engañar. Quiso divorciarse, pero ella le juró que en tal caso no volvería a ver a Liena. Le prometió que haría cualquier cosa para apartarlo de la niña, y fue muy convincente. Para entonces él ya la creía capaz de todo y la amenaza surtió efecto. No soportaba la idea de perder a su hija y no hizo nada, salvo continuar su descenso al infierno.

Estuvo tentado de irse muchas veces, de llevarse a la niña y ocultarla, pero le parecía un injusto destino para ella, y no podía abandonarla en manos de su perturbada madre. Imaginó incluso una muerte prematura para la bella infame, pero él no servía para eso. Se refugió en su arte y en sus dos grandes aficiones: la música, en especial la clásica y el *rock*, y las motos. Esas máquinas le gustaban desde pequeño, y la vena filarmónica era herencia de una madre *mezzosoprano* que cantaba en la ópera y

de un padre difunto, compositor y maestro de piano y solfeo, un hombre de trato afable cuya pérdida fue muy llorada por todos, y que lamentaron de modo especial sus alumnos.

La nieta dio muy pronto muestras de la vena artística, y desde muy pequeña empezó a familiarizarse con las partituras; tanto que a los seis años ya interpretaba sencillas piezas con admirable talento.

Con el tiempo, las peleas del matrimonio se hicieron más frecuentes, y por lo general se zanjaban con un portazo de Jesús, tras el cual no tardaba en escucharse el rugido de la Harley. La tarde de marras, la de su noveno cumpleaños, a Liena no le dio tiempo a esconderse.

—Ha sido culpa tuya —le recriminó su madre henchida de rabia. La niña, en un ataque de su naciente rebeldía, le gritó algo desagradable, y su madre respondió con un tremendo bofetón justo en el momento en que Jesús llegaba. Veloz como el rayo sujetó el brazo de su mujer, que preparaba una segunda descarga, y la apartó de la niña.

—Aléjate o no respondo —amenazó iracundo.

La advertencia, lejos de achantarla, acrecentó su furia, y ya no hubo quien la hiciese callar. Encontraba placer en el exceso, en arrastrar al límite la fortaleza ajena y saborear la impotencia que generaba en sus adversarios. Consumaba su saña con una determinación exasperante, particularmente contra Jesús, convencida de que él lo aguantaría todo por la niña. En ella, sin embargo, podía más el orgullo herido que el amor de madre, o al menos eso era lo que intentaba dejar claro a su marido. Y lo conseguía, mientras él seguía acumulando rencor, quemando su frustración en la carretera, castigándose con la violencia del que se sabe atrapado por incauto —mira que se lo advirtió su madre—, diluyéndose en el paisaje vertiginoso y caduco. Esa era la inestable realidad en la que se transfiguraba el mundo: una loca

carrera hacia ninguna parte que se había convertido en una droga, en la promesa ciega y recelosa de la libertad soñada.

La niña, replegada en su cuarto, ya sabía que su padre no volvería en toda la noche y lo temerario de cruzarse en el pasillo con su embravecida madre. Mejor quitarse de en medio y no llamar la atención hasta que el padre regresara. Pero no volvió. La fatal noticia irrumpió en mitad de la noche, perturbando el sueño de la hija para siempre.

Al enviudar, Marcela quedó desorientada. Exhibía una desgarrada aflicción ante las visitas, se lamentaba de que había perdido al amor de su vida, pero si Liena estaba en la sala tenía que soportar su inquisidora mirada. Entonces un insidioso temor la inquietaba: que de sus labios brotasen palabras inoportunas. Nunca sucedió, pese a todo, porque paulatinamente había introducido en ella el agujijón de la culpa.

Cuando los ahorros se acabaron, empezó a vender cosméticos a domicilio y le fue muy bien; al final de su primer año ya contaba con una suculenta lista de clientes. Como le decía su hija de manera sarcástica, no era extraño en alguien cuya especialidad era el mangoneo; a lo que ella respondía con amargas y ensayadas quejas, y la consabida frase: “Tú no sabes más que dar disgustos”.

\*\*\*

Esteban también descubrió tarde y sin desearlo el fuerte componente agresivo del carácter de Marcela. Negó tercamente las evidencias porque desbarataban sus esperanzas de haberse tropezado con la mujer ideal. “Si seré imbécil”. No, ella no quería a nadie, odiaba a todo el mundo, no soportaba el aroma de la felicidad cerca, ni la suya ni la de los demás. “Eres un mierda de tío, y lo más jodido es que lo sabes”.

Cuando Marcela le presentó a su hija, ella le lanzó una mirada llena de desprecio y lástima, tan elocuente que prestarle algo más de atención habría bastado para salir pitando de aquella casa; la mala química entre las dos era tan evidente que cualquiera que no estuviera tan ciego como él se habría alarmado. Pero Marcela elegía sus presas con criterio, de eso no cabía duda. No solo lo condujo al altar, además logró convertirlo en su pelele y, contra todo pronóstico, él seguía enganchado a ella. Para Liena esto constituía una prueba más de que la naturaleza humana es absurda e incomprensible.

Entretanto, los niveles de enfrentamiento entre madre e hija y la rigurosidad de los castigos subsiguientes iban parejos. Era verdad que la chica se empeñaba en llevarle la contraria por todo, pero la arbitrariedad de Marcela alentaba ese comportamiento, y la soberbia con que se despachaba no ayudaba a calmar los ánimos. El hogar era el campo de batalla de una guerra sin trincheras, en la que las tímidas mediaciones del padrastro no hacían sino avivar el fuego. Para empeorar las cosas, del instituto de secundaria empezaron a llegar malas notas. En la última evaluación, la en otros tiempos aplicada alumna coronaba el trimestre con siete suspensos. Las salidas fueron severamente restringidas, con lo que las posibilidades de obtener algún consuelo de los amigos también se redujeron de manera drástica.

Con el tiempo, Liena y su padrastro desarrollaron cierta camaradería, una suerte de pacto implícito entre damnificados, que consistía en la práctica de la compasión mutua y el bosquejo de planes de salvamento que nunca se concretaban. Ella le preguntaba qué le impedía marcharse, y él siempre respondía lo mismo:

—¡El día menos pensado nos largamos los dos y no nos vuelve a ver!



Las primeras veces que lo dijo, ella lo escuchó con júbilo, pero, tras varias reiteraciones sin consecuencias, desestimó esa posibilidad. Marcela había minado tanto su confianza que en el fondo le aterraba una libertad que lo dejara expuesto a su insignificancia. Liena lo intuía de algún modo, y lo tenía por cobarde, sin que ello estorbara en exceso al afecto que sentía por él; había demostrado ser un buen hombre, y se preocupaba sinceramente por ella. Que se conformara él si quería, pero ella no pensaba claudicar; haría todo lo necesario para comenzar una nueva vida, lejos de su madre.

Como buena lectora, estaba familiarizada con todo tipo de héroes que desafiaban al destino. En sus aventuras encontraba inspiración y aliento para su determinación. Mientras leía, experimentaba emociones que iban desde la melancolía hasta la euforia, y el tiempo que le duraba la resaca literaria se sentía capaz de todo. Cuando apagó las velas de su decimosexto cumpleaños, se prometió que no cumpliría el decimoséptimo bajo aquel techo.

Si algo le fastidiaba de su plan era tener que dejar Alcalá de Henares. Había nacido y crecido en sus calles, conocía sus rincones; amaba el contorno de sus tejados y el atardecer de sus cielos. Pocas veces sentía la necesidad de desplazarse a Madrid, aunque disfrutaba mucho en la metrópoli recordando su infancia, cuando transitaba con su padre por la Gran Vía o por el paseo del Prado, y entraban, si hacía buen tiempo, en el Jardín Botánico. Iban a Madrid los domingos por la mañana, y remaban en el estanque del Retiro, porque a ella le encantaba. Otras veces visitaban algún museo o las galerías donde a la sazón exponían los amigos artistas de su padre. Muchas veces iban a tomarse un chocolate a la típica San Ginés, siempre atestada de gente bajo su escondite, en el pasadizo del mismo nombre. Tan bellos recuerdos eran un escape a su ansiedad, y, al esfumarse las amables brumas, la tristeza por la felicidad perdida acrecentaba su deseo de huir.

\*\*\*

El momento elegido fue la celebración de la Noche en Blanco. Liena lo preparó de forma minuciosa, y eso incluía administrar a su progenitora su propia medicina. Empleó las mismas artes de seducción que ella utilizaba con los demás cuando quería obtener algo; de esa forma consiguió que le levantase el castigo para salir la citada noche. Supuestamente cenaría algo con los amigos, se divertirían un poco y regresaría por la mañana, después de desayunar un chocolate en la plaza Mayor. El plan secreto era algo distinto: se reuniría con Maica, irían a su apartamento, y allí terminarían de repasarlo todo por si había algún cabo suelto que permitiese a sus padres o a la policía encontrarla. Era menor, y la buscarían sí o sí. Tenía un billete para el primer autobús de la mañana que salía de Madrid con destino a Santiago de Compostela a las 6:45. Para estar a tiempo, debería tomar el autobús nocturno de Alcalá de las 5:00; el siguiente salía a las 6:00, muy justo. Mejor ir tranquila. En Santiago la estaría esperando Elbelina, una amiga de Facebook con la que llevaba casi un año chateando, y que, además de alentarla, le prometió ayuda. Ella también se había marchado de casa dos años atrás, y esa circunstancia contribuyó a que Liena se animara a dar el paso. Elbe le hablaba de aldeas recónditas donde podría trabajar al principio, a cambio de cama y comida; excelentes sitios donde esconderse hasta que las cosas se relajaran. Era una buena solución, al menos hasta su mayoría de edad, y luego ya vería. Retomaría los estudios y lo que hiciera falta. Pensaba que no la buscarían tan lejos de Madrid. No podían seguirle el rastro, ya que su conexión gallega solo la conocía Maica, y ella no la traicionaría, de eso estaba segura. Tendría que ser paciente y cuidadosa. Cumplidos los dieciocho

ya podría moverse más tranquila, e incluso, ¿por qué no?, volver a Alcalá, libre de hacer con su vida lo que le diera la gana.

\*\*\*

La casa de Liena era una hermosa construcción de dos plantas rodeada de un jardín que Esteban cultivaba con esmero, incluso más de lo necesario, dado que siempre era una buena excusa para escabullirse. Se sentía muy orgulloso de su pequeño huerto, del que obtenía una apreciable cantidad de tomates, pimientos, berenjenas, cebollas, calabacines y patatas. Tenía un espacio reservado a las hierbas aromáticas: albahaca, romero, lavanda, tomillo, hierbaluisa, menta, salvia, orégano, perejil y cebollinos. El colorido lo aportaba la variada multitud de dalias, grandes y pequeñas, y en menor medida los pensamientos, las margaritas, las hortensias y las campanillas. En el jardín solo había un rosal, pues a los cinco años Esteban se quedó atrapado en uno de los viejos rosales trepadores del parterre de su abuela, gran amante de estas flores, y lo sacaron hecho una criba, lleno de arañazos e hilillos sanguinolentos. Desde entonces odiaba los rosales con toda su alma. No obstante, plantó uno sin espinas, por Liena.

La muchacha, a diferencia de Esteban, pasaba la mayor parte del tiempo en su cuarto. Todo lo que realmente le interesaba estaba allí: sus libros, sus cedés, un piano electrónico Thoman Digital, un iMac de 15 pulgadas, recuerdos de su padre y otros objetos personales. La habitación tenía un pequeño vestidor y hasta su propio cuarto de baño, y era agradable y soleado gracias a una ventana alargada que daba a la parte trasera del jardín.

Le encantaba leer en el césped y nadar, lo que podía hacer también en invierno desde que su padre, poco antes de morir, mandara climatizar la piscina. Desde allí el jardín tenía una

vista encantadora, sobre todo cuando nevaba, algo que no había ocurrido durante los últimos dos inviernos. Contemplar el paisaje blanco sumergida en el agua templada hasta la barbilla era uno de sus placeres favoritos. La experiencia la envolvía en borrosas sensaciones que no acababa de reconocer, pero que la inundaban de bienestar. Estaba segura de que tenían relación con escenas de su infancia, momentos que dormitaban intactos en las enaguas de su memoria.

Aquella tarde, sustituyó el contenido habitual de la mochila —es decir, los libros de texto— por una selección minimalista de sus pertenencias. Por descontado no podía llevar maleta, eso habría bastado para delatarla. Acomodó en la Lässig de dos cremalleras unas mudas, dos camisetas, unos vaqueros pitillo Miss Sixty y un jersey fino de color magenta al que tenía cariño. Ya se compraría más ropa después, cuando fuera posible. No iba a necesitar mucha variedad en una remota aldea gallega. Podría cuidar niños, a los que adoraba, y más adelante, si se establecía en la ciudad, darles clases de solfeo y piano a domicilio. Guardó en la mochila la tableta, los cargadores, unos auriculares, un cuaderno y dos bolígrafos de gel. Tras esto, se encaramó a una silla y, de la estantería más alta, tomó el facsímil de la primera edición de *Alicia en el país de las maravillas*, con las ilustraciones de John Tenniel. Era, cómo no, un regalo de su padre. Separó las páginas, y comprobó que el sobre estaba donde lo había puesto. En él guardaba las pagas semanales de ocho meses y algunas propinas en billetes de diez y veinte euros; unos novecientos en total. Separó cincuenta y los deslizó en un bolsillo. Envolvió el facsímil con mimo en papel de periódico y lo introdujo en la mochila. Novecientos euros no podían considerarse una fortuna, pero en la aldea apenas tendría gastos, y, de mudarse a La Coruña o a Vigo, confiaba en encontrar trabajo enseñada. Cualquier cosa

era mejor que tener que padecer los arrebatos de su madre día tras día. Ya estaba casi todo; faltaba añadir un paquete de pañuelos, un espejito, colorete, brillo de labios y máscara de pestañas: cosas que ocupaban poco y ayudaban bastante a mejorar el aspecto. Era importante causar buena impresión para buscar trabajo, ya fuera de cuidadora de niños o para sembrar cachelos. Repasó la lista que había escrito y comprobó que no faltaba nada. Se puso la cazadora, y alrededor del cuello una kufiya que le había comprado Esteban en Jordania, porque también deseaba conservar algo suyo como recuerdo. Tuvo un ramalazo de compasión y se encogió de hombros resignada: “Allá él”. Se calzó unos botines sin apenas tacón e introdujo el móvil en un bolsillo de la cazadora.

En el umbral de la habitación le asaltaron las dudas: ¿estaría precipitándose? ¿Era preferible esperar un poco, afinar más los detalles? Sintió crecer su miedo, pero el recuerdo de un Esteban derrotado le hizo experimentar un intenso rechazo. “¡Eso jamás!”. Nunca llegaría el momento perfecto, así que tanto daba uno que otro; y aquel ya estaba elegido. No quiso mirar atrás ni dejar que la nostalgia o el miedo vencieran por anticipado. Se mordió un par de veces rápidas el labio superior y una el inferior, y lo soltó despacio como siempre que estaba nerviosa o confusa; ese gesto la tranquilizaba y le infundía coraje, era como un ancla. Bajó las escaleras que conducían al vestíbulo. Vio entreabierta la puerta de la cocina y a su madre allí. Se despidió de lejos con fingido desenfado, y al cerrar la puerta la escuchó decir: “No te metas en líos”. La frase de rigor. ¡Como si alguna vez le hubieran dado quejas de ella! “No tiene ni idea de cómo soy”.

Vio a su padrastro regando las dalias y recordó el día que sin darse cuenta le llamó *papá*. No pensaba en él, naturalmente, pero el hombre se emocionó tanto que decidió seguir llamándolo así. “¡Pobrecillo, total, qué más me da!”. Esbozó una sonrisa lánguida

y conmisericordiosa: “Te quedas solo... Peor que eso: solo con ella”. Lo saludó con naturalidad, y él se mostró dicharachero:

—¡Chao, hija, que te diviertas!

—Lo procuraré. —Le besó la mejilla rosácea—. ¡Adiós, Esteban!

Mientras desaparecía tras la verja, él se fijó en la mochila. ¿Para qué ir tan cargada en una noche de fiesta? Tuvo un fugaz presentimiento, pero sacudió la cabeza sonriéndose con aire incrédulo. Se acordó de que ella había dicho algo de ir a dormir a casa de una amiga. No advirtió que estaba encharcando las dalias en exceso.

\*\*\*

La fuente de la puerta de Aguadores estaba iluminada. Desde la esquina del convento de las carmelitas se oían los tamboriles anunciando el *performance* multitudinario de las 19:00 en la plaza Mayor. El cohete que preludiaba el comienzo del acto sorprendió a Liena en el callejón de Santa María, a espaldas de la capilla del Oidor, desde donde alcanzaba a ver la plaza. Todo quedó en silencio; solo las cigüeñas en lo alto de las espadañas se negaban a callar. Como todos los demás, la joven se quedó inmóvil: la mano izquierda en el bolsillo de la cazadora, la derecha suspendida en el aire, alzada levemente la barbilla, el semblante serio, la mirada estática y perdida entre la muchedumbre. Una perfecta efigie policroma en el balanceo de un paso.

La plaza de Cervantes es un lugar tranquilo a ciertas horas; con más frecuencia, bullicioso; un punto de encuentro entre parque y ágora. En el centro hay una estatua del autor del Quijote, fundida en bronce y plantada en el corazón de la ciudad hace más de un siglo, y, a su izquierda, cruzando la calle, está el Corral de

Zapateros, un teatro tan viejo o más que el Globo de Londres, y que esa noche abría hasta la madrugada. A sus puertas, una larga fila de curiosos esperaba su turno para la visita en gran diversidad de poses tan glaciales como requería el evento. Hasta los niños, bien aleccionados, participaban del juego. Liena se fijó en uno que miraba al cielo subido en los hombros de un hombre joven. “El puñetero ni respira, ¡qué gracioso!”. La propuesta de los organizadores era batir el récord de París: un mes antes, los parisinos congelaron una plaza durante un minuto; así pues los alcaláinos paralizarían toda la ciudad vieja durante dos. Un hombre pululaba entre la gente murmurando algo, desconcertado. El segundo petardo señaló el término de la apuesta, y el mar de estatuas recobró su alma y su estrépito.

La melena rubia de Maica destacaba en un pequeño grupo junto al Quiosco de Música. No esperaba verla acompañada aquella noche, por eso la presencia de los dos chicos la sorprendió. Su amiga era dos años mayor que ella, pero también más inmadura. En la manera de comportarse, Liena parecía muchas veces la mayor. Sobrellevaba con paciencia las locuras de Maica, divertidas por lo general, aunque de vez en cuando se pasaba de rosca; y quedar con gente *aquella noche*, y sin advertírselo, le pareció de mal gusto. Desde la distancia reconoció enseguida a uno de ellos, el otro estaba de espaldas. El primero servía copas en La Tertulia, y se daba la circunstancia de que era el vecino de arriba de Maica. Ella ocupaba un estudio por cuenta de sus padres, y él, una buhardilla pagada con su sueldo de camarero en los fines de semana. Su familia —argumentaba el joven— ya hacía bastante con costear sus estudios. Daniel era correcto y poco hablador, gustaba a la clientela del bar y su jefe estaba contento con él. En la Universidad Politécnica, donde estudiaba, no lograba pasar inadvertido, pese a su carácter discreto. De facciones algo duras,

sus modales en cambio eran dulces y gentiles. Cuando sonreía —gesto que solía prodigar mientras escuchaba— lo hacía mirando a los ojos y luciendo una perfecta dentadura. Su sonrisa adquiriría un matiz inquieto cuando Liena entraba en La Tertulia al lado de Maica. Aquellos ojos rasgados de mirada triste lo cautivaron desde el primer día, y la atracción iba en aumento, pero ella no daba ninguna muestra de interés por él. Obtuvo de su amiga y vecina alguna información que completaba sus impresiones, y decidió actuar con prudencia. Un colega le dijo que esta táctica le haría perder oportunidades, pero él objetó que, por el contrario, le había evitado muchos sinsabores.

El otro joven que hablaba con Maica era Roberto, el hijo primogénito de un notario de Madrid. Tan apuesto como engreído, invertía gran parte de su tiempo en amoríos fugaces, restándose al que debía al estudio. Poco ducho en el manejo de la frustración, eludía a las féminas indomables, y prefería siempre cortejar a muchachitas ingenuas y soñadoras. Las juzgaba presas más fáciles de atrapar, y también —y esto era importante— de soltar. Su especialidad eran las redentoras vocacionales, esas que con su sacrificio esperan retirar a un granuja del escaparate. ¡Cómo se burlaba de ellas! Entre ese grupo de salvadoras se hallaba Maica, bastante menos ingenua, pero mucho más antojadiza. Aseguraba estar colada por el guapo aspirante a abogado que parecía empeñado en no serlo nunca. Con Liena, aparte de lo de la fuga, no hablaba de otra cosa. Pero Roberto no mordía su anzuelo y su capricho pasó a ser obsesión. Planificaba toda clase de encuentros —supuestamente fortuitos—, y era capaz de hacer cualquier cosa para atraer su atención. La cita de esa noche formaba parte de su repertorio estratégico, y esta vez el joven aceptó la invitación por no contar en ese momento con un plan mejor. Maica no era su tipo, pero era muy guapa y el sueño de muchos galancetes. “Me



he divertido bastante con la persecución, pero me cansa. Voy a desechar el material —le dijo al espejo—, pero antes habrá que echarle un vistazo... ¡Ya que estamos!”.

Roberto y Daniel se habían tratado lo bastante para comprender que nunca llegarían a ser grandes amigos. El primero tenía al segundo por un sosaina, y este al primero por mequetrefe, pero allí estaban los dos, convocados por Maica, y cada uno por sus propios motivos. Ella charlaba animada y movía las manos con gracia, irradiaba alegría. El pelo le caía sobre los hombros en densos rizos de tono cerveza, y ni siquiera las finas gafas, que enfatizaban el tamaño de sus ojos color aguamarina, estorbaban a su estampa de venus renacentista. Parecía tan inmune y transparente... tan segura. Solo los más íntimos reconocían la impostura de su tono indolente, su miedo a ser herida, su insatisfecha hambre de afecto y su creencia escondida de no merecerlo. Todo lo que justificaba su predilección por cierta clase de chicos: aquellos que no podían amarla. El saldo emocional de sus relaciones, siempre en números rojos, afianzaba sus creencias autodestructivas y la empujaban cada vez más a representar un papel con el que enmascarar su detestada insignificancia. A la única que no había logrado engañar era a Liena. No era muy extraño; la tristeza puede ser un microscopio para observar el mundo. Desde el borde de su pena divisó la verdad de Maica. La encontró vulnerable una vez libre de artificio, y por eso la quería, aunque en ocasiones la sacara de quicio.

—¡Hola, guapa! ¡Te has perdido el *flashmob*! —exclamó la venus. La recién llegada forzó media sonrisa.

—Justo asomaba por el callejón.

—¿Ha estado chulo, eh?

—Sí.

—Te presento a Roberto, un amigo de la universidad. —El

guaperas se inclinó para besar a Liena en la mejilla—. Y a Dani ya lo conoces, aunque fuera de la barra despista —soltó una carcajada.

—Un placer —dijo el presentado con una sonrisa, y también le dio dos besos—. Tenía ganas de conocerte fuera del trabajo.

—Yo no cambio mucho —respondió áspera, dirigiendo una mirada de reproche a su amiga, que prefirió no darse por enterada.

Maica desplegó el programa de actividades de la Noche en Blanco: un tríptico a todo color donde, además de un mapa con las ubicaciones, se ofertaban más de trescientas actividades gratuitas.

—Bueno, chicos, empiezan dos conciertos a las 19:30: uno para mover el esqueleto en la plaza de San Lucas, con *Shut up & dance*, y, en la plaza de la Estación tocaba un grupo... un momento... sí, Dreamslaves. ¿Lo conocéis?

La estupefacción de Liena iba en aumento. La otra la ignoró deliberadamente.

—Es un grupo local —aclaró Dani—. A mí me gustan, pero son cañeros, no sé si...

—¡Ajá! —asintió el guapo con súbito desinterés. Consultó el programa y dijo—: Hay cuentacuentos.

—Y teatro en la calle Mayor —añadió la rubia—. *La Máquina del Tiempo*. Pinta bien.

—A mí tanto me da —contestó Dani—. Lo que sí os pido es que paremos antes a beber algo; estoy seco.

—Yo también tengo sed —dijo Maica—. Nos da tiempo.

Vio que Liena se encogía de hombros con cara de fastidio, y comenzó a impacientarse.

Para evitar la aglomeración de la calle Mayor, fueron por la menos concurrida Santa Úrsula. La rubia preguntó algo sobre fútbol y los chicos se enfrascaron en el tema: la estrategia seguía funcionando. Dejaron que las adelantasen. Al cabo de un rato,

Dani miró atrás y observó que estaban sumergidas en su propia charla. Intuyó la jugada, y, en su deferencia, alentó la verborrea de Roberto para mantenerlo ocupado mientras ellas se decían lo que, por lo visto, necesitaban decirse a solas. Volvió a prestar atención a su interlocutor, aunque no podía evitar estar más pendiente de lo que sucedía unos metros por detrás. En varias ocasiones le habría mandado callar, de buena gana. Al entrar en la calle Escritorios, notó que el diálogo a sus espaldas subía de tono, como el entusiasmo hincha de Roberto, con lo que le resultaba imposible captar alguna palabra de la otra conversación. Parecía, eso sí, que las confidencias habían terminado en disputa, y eso lo preocupó: un enfado arruinaría la noche, una noche que él se prometía feliz. Se arrepintió de haber sido tan cortés; tal vez sus diferencias, cualesquiera que fuesen, se habrían disipado solas después de un rato de juerga y unas cañas, sin necesidad de hablar. Si la cosa iba a más, ya podía despedirse de intimar con Liena, por lo menos aquella noche, y llevaba meses esperando una oportunidad así.

Llegaron a la puerta del taller museo de Toro Bravo, un pintor extravagante, muy prolífico y levantisco, un mesías autoproclamado servido de años e inusitadamente charlatán. Liena lo conocía de vista desde pequeña, siempre con la melena rondándole la cintura y barbas a lo Rasputín. “Toro Bravo, Toro Bravo: mucho pelo y poco rabo”, le cantaban los chavales, y a él eso le hacía gracia. El hombre se mantenía en forma a base de verduras, mejor crudas, y practicando el yoga y la meditación, dejando que su imaginación se precipitase en un vértigo de doscientas revoluciones por minuto.

Una vez las autoridades municipales le ofrecieron exponer fuera de su taller abarrotado. Hablaron de crear un museo monográfico para su obra, y estuvo a punto de aceptar, pero se

negó al cabo porque no le apetecía convertirse en un juguete ni que nadie tomara el control de sus obras. “Prefiero hacer lo que me dé la gana, aunque sea gratis”. Así se lo manifestó a una reportera que quiso plasmar en su artículo la parte más sincera y menos conocida del artista. En las entrevistas, por lo habitual, primaba la chanza: se buscaba carnaza y espectáculo, y Toro lo ofrecía a raudales. Si ellos se reían, tres veces más se divertía él. “Lo de pintar es una tapadera; tengo que hacer algo para no aburrirme porque la inmortalidad da para mucho”. Y no era una metáfora; lo decía en serio y además lo razonaba. Se quejaba de que Dalí le había perjudicado mucho autoproclamándose divino porque él, de sí, venía a decir lo mismo: “Ahora nadie me toma en serio y me creen tan chalado como ese”. Pese a su imagen de ermitaño, era esposo, padre de seis hijos y abuelo. Su familia, orgullosa, lo definía como un buen hombre: “Tiene sus cosas, ¿y qué?, para eso es un artista”. Y él, reconfortado, seguía entregando perlas memorables: “Dadme tontos eternos y no sabios muertos”. Amén.

El museo estaba abierto y ofrecía una buena excusa para dar tiempo a las chicas. “De perdidos, al río”, concluyó Daniel.

—¿Os importa que echemos un vistazo?

—Vale —accedió Roberto—. ¡Este tío es un flipado de la hostia!

—Sospecho que no está tan loco como parece.

—Ahí te equivocas. —Soltó una carcajada—. Loco, no... Lo siguiente.

—Me fumo medio pitillo y vamos —dijo Maica.

—¿Seguro? ¿No os importa? —insistió Roberto.

—No, no, de verdad.

Liena aguardó ceñuda a que su amiga prendiera un fino cigarro de color marrón.

—Esperaba que lo entendieras —dijo guardando el mechero.

—¿Entender qué?... ¡Ah, sí! —chasqueó los dedos, irónica—. ¿Que me dejas tirada? —resopló—. ¡Muy fuerte, lo tuyo!

—¡Oye, no te lo tomes así! No creo que sea tan terrible retrasarlo un día.

—¡Tengo un billete de autobús! ¿Recuerdas? ¡Retrasa un día tu puñetero rollito!

—¡Sabes lo que me ha costado quedar con él! Hasta hoy no me ha dicho que sí, y ha sido a última hora. No he tenido tiempo de avisarte.

—¡Pero sí has tenido tiempo de avisar al camarero para endosármelo!

—¿Endosártelo?

—Sí. Y repito, lo podías haber dejado para otro día.

—¡Si ya te he explicado que mañana mismo sale de viaje! Por eso hemos quedado hoy.

—¡Me parece estupendo! ¡Te recuerdo que yo también salgo de viaje mañana!

—Mira, sé razonable. —El cigarro tremoló en los dedos—. Has esperado varios meses, ¿qué te importa un día más? Lo de Roberto, en cambio, es esta noche o nunca.

—¿Nunca? ¡¿Pero qué dices?!... ¡Volverá en dos semanas!

—¡No entiendes nada de nada! Ignoraba que fueras tan egoísta.

Liena se quedó boquiabierta. Iba a responder algo, pero se frenó. Maica estaba obcecada y por las bravas lo tenía todo perdido. Cambió de estrategia y atacó otro flanco.

—¿En serio crees que por irte a la cama con él se va a colar por ti? ¡Venga, no te flipes! Eso lo tiene cuando quiera. ¿Es que no lo ves?

—¡Precisamente! —tensó el entrecejo y un brillo de alarma agrandó su mirada—. Si no soy yo, será otra; y si resulta que esa otra le gusta mucho, habrá pasado mi oportunidad, al menos

durante un tiempo. O quizá ella sea la definitiva y yo lo pierda para siempre. Cada una que se me adelanta es un peligro; me pregunto por qué no lo entiendes. Roberto me importa mucho.

—¡Vamos ya! ¡Lo que hay que oír! Desde luego, me queda claro que te importa bastante más que yo. —La rubia no supo qué alegar—. Pues vale, reina, me parece muy bien. Ya veo que puedo fiarme de tu palabra... —Volvió la cara, despechada—. ¡Ten amigas para esto!

—Te pido un día más, Nita —rogó en tono conciliador—. De verdad... ¿qué importa un día cuando has esperado tanto tiempo? —Liena apartó con rabia la delicada mano que descansaba en su hombro.

—¡Vete a la mierda! Si vuelvo a entrar en mi casa no reuniré fuerzas para hacerlo otra vez. —Se le humedecieron los ojos y notó que las miraban—. Prometiste ayudarme —dijo con voz temblorosa.

—¡Y te ayudaré, maldita sea! ¿Acaso he dicho que no lo vaya a hacer? ¡Solo te pido retrasarlo un putito día!

—¿Es tu última palabra?

Maica rehuyó la acusadora mirada hasta que tuvo fuerzas para enfrentarla. Se sintió traidora, pero no cedió. Su deseo era más fuerte que su lealtad.

—Lo siento, Nita.

Liena meneó la cabeza, exhaló un suspiro y echó a andar hacia la plaza de los Santos Niños, luego cambió de idea y giró dos veces hacia la izquierda para sumergirse en el bullicio de la calle Mayor. La rubia desechó el cigarro y con gesto irritado se adentró en el taller de los prodigios, donde Toro Bravo disertaba veloz, en tanto que Roberto lanzaba de vez en cuando preguntas maliciosas. Había entrado allí con el único propósito de divertirse un rato, y poco o nada le interesaban los lienzos.

Por el contrario, Daniel escuchaba con cierto estoicismo porque admiraba al artista, aunque no comulgara con su discurso. Le fascinaba su portentoso mundo lleno de color, rebosante de símbolos propios. Percibía en las obras las diferentes etapas, las obsesiones, la depuración de la técnica. Y le intrigaba el hombre: al menos en apariencia era libre y feliz, vivía como le daba la gana y, hasta donde él sabía, sin perjudicar a nadie. Aunque solo fuera por eso, el viejo ya contaba con su simpatía y respeto. Estaba convencido de que algún día, quizá cuando ya estuviera muerto —aunque, según Toro, eso no iba a ocurrir—, su obra sería reconocida y valorada debidamente. Miró de pasada a la joven que entraba, sin interrumpir por ello su explicación sobre el proceso de la fabricación de soles que, por lo visto, conocía al dedillo. Dani se alarmó al verla entrar sola.

—¿Liena? —preguntó en voz baja.

—Ha tenido que marcharse.

La noche se disolvía para él como un azucarillo en caliente y perdía todo su interés.

—¡Oh, qué lástima! —exclamó Roberto.

Era un comentario trivial, pero la decepción en su rostro revelaba más frustración de la que Maica hubiera considerado razonable. A Daniel tampoco le pasó desapercibido.

Aprovecharon, para despedirse, una pausa discursiva de Toro —figura escasa en sus retahílas, ya que un perfecto control de la respiración le permitía despreciarlas.

—O es inmune a la asfixia o tiene la capacidad torácica de una ballena —dijo Roberto nada más salir—. ¡No respira!

—Al final va a resultar que *sí* es inmortal —contestó Daniel.

Llegaron enseguida al Pepe Pasión, cruzando la plaza. Sobre la fachada de la Iglesia Magistral se proyectaban textos del Quijote en caracteres barrocos. Maica se sintió aliviada al comprobar

que el local estaba abarrotado y ello haría difícil la conversación, dándole margen para elaborar una excusa convincente. Por nada del mundo deseaba que ellos supieran el motivo del altercado, eso la dejaría en evidencia.

En la pantalla, el grupo Dinarama, con una Alaska galáctica de cráneo medio rapado, interpretaba su gran éxito *Ni tú ni nadie*, lo que hacía muy complicado mantener los pies anclados al suelo, aunque el resto del cuerpo solo pudiera oscilar rítmicamente varado en la apretura. Dani se ofreció a traer bebidas, y le encargaron dos cervezas. En cuanto se alejó, Roberto, obligado por el ruido casi a gritar, no esperó más para interrogar a Maica.

—Bueno, ahora dime qué ha pasado.

Ella lo miró inexpresiva; advirtió su impaciencia, pero aún no sabía qué contar. Tartamudeó algo que él juzgó inverosímil. Las aclaraciones lo empeoraron y en el intercambio de frases confirmó que el galán estaba interesado en su amiga. Eso la enfureció, y Roberto amenazó con irse.

Los camareros iban de un lado a otro de la barra con presteza, mientras Dani aguardaba que le sirvieran las bebidas que había pedido. En cuanto se tomara la cerveza se despediría con alguna excusa. “Al fin y al cabo, estos preferirán no llevarme de cesta”. Tenía claro que su presencia solo fue requerida para acompañar a Liena. Además, si la tal seguía pululando por ahí, con un poco de suerte hasta podría encontrarla. Regresó con las bebidas, esquivando a los danzantes con la soltura propia de un barman. Encontró a Maica sola.

—¿Se ha ido? —Ella fingió despreocupación y se encogió de hombros.

—Tocamos a cerveza y media —contestó, arrebatándole uno de los vasos.

—Bueno... ¿y qué hacemos?



Notó que ella lo miraba de otro modo, como si lo estuviera acechando tras un escaparate; su aparente indolencia no lo engañaba, captó su desesperación. No fue capaz de dejarla así. Se imaginó a la chica de los ojos verdes caminando sola entre la gente, y esbozó una mueca resignada. Su vecina acabó la cerveza y le cambió el vaso vacío por el otro lleno destinado a Roberto, insinuándose, mareando las caderas, pegada a sus pantalones.

—Da igual... —dijo rozándole el cuello con los labios—. Ellos se lo pierden... Lo pasaremos mejor nosotros solos.